



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

La política de una foto. Miradas del desencuentro o el drama de la antropología

Mtro. Israel Lazcarro Salgado
Investigador INAH - Morelos

¿Qué hace un antropólogo? Muchas páginas, libros enteros, se han escrito para tratar de definir, caracterizar y orientar el quehacer del antropólogo. Más allá de la labor aparentemente más técnica (como la etnografía, que en definitiva, no se reduce al “registro” –escrito y/o fotográfico– de “hechos sociales” observados “objetivamente”), la antropología tiene un perfil casi filosófico: invariablemente, el trabajo de campo nos lleva al Otro, para devolvernos a nosotros mismos, pero un poco transformados. El Otro nos confronta: su hacer, su decir, su manera de pensar, de comer, de vivir, puede resultarnos a veces tan extraño, tan insólito, y en algún punto, tan familiar, tan próximo, que la experiencia resulta desconcertante. Claro está, es preciso educar la mirada, el oído, el gusto, para apreciar y ver otras cosas, escuchar y saborear un mundo para el cual solemos estar ciegos de principio. Por ello, es común para cualquier etnógrafo, padecer un conflicto existencial cuando se está realizando trabajo de campo. En el fondo, uno llega a extrañarse de sí mismo y sus propios hábitos.

No hace mucho, un amigable fotógrafo profesional me acompañó a ver un ritual de *costumbre* en la Huasteca veracruzana: el *costumbre* a Santa Rosa, la potencia divina que enseña y “traduce” el habla de los humanos y otras potencias; la santa hierba, la Señora Flor, la marihuana. La *cannabis*, seca, en un plato y envuelta cuidadosamente en un pañuelo bordado, es ofrecida y consumida por los participantes del ritual otomí. Sahumerio en mano, le piden permiso para masticarla y hablar por ella, cosa habitual en los *costumbres* otomíes pero extrema para los nahuas, quienes consideran este consumo algo potencialmente peligroso, limitándose a honrarla en el altar sin consumirla. Se trata ciertamente, de una ocasión ritual especial para todos los habitantes de la Huasteca indígena meridional. Y desde luego, para el fotógrafo profesional, observar un *costumbre* indígena de esta naturaleza, también sería muy especial. A ambos nos pareció estupendo poder compartir con un amplio público, lo que sucedía en estas regiones marginadas, al menos en su registro fotográfico.

Después de casi una década de estar asistiendo periódicamente a una comunidad de habla otomí, cuyos habitantes me han acogido con una calidez y generosidad estupendas, creí oportuno invitar a alguien más, como ya lo había hecho en otras ocasiones, a tener la experiencia de un *costumbre* otomí, más aún tratándose de un fotógrafo. Sé muy bien que las personas con las que he trabajado en esas comunidades, no rechazan las fotografías ni les molesta; por el contrario, en muchas ocasiones los participantes de un ritual me llamaban para sacar una fotografía de algo que se me estaba escapando por mirar otra cosa. De hecho, los mismos participantes del ritual, en últimas fechas, hacen su propio registro fotográfico, en principio para convidar así a los parientes que la migración ha llevado lejos, pero también para que más gente conozca lo que hacen. Por todo ello, llevar un fotógrafo profesional a un ritual cuyos realizadores son entusiastas de la fotografía y con los que tengo excelentes relaciones, me pareció perfecto. Y en verdad lo fue.

Primer hecho político: el antropólogo *va a ver* un ritual, a una comunidad distinta a la suya. Con mucha frecuencia se pasa por alto las implicaciones políticas de este



Diálogo de chamanes



Vistiendo maíces nahuas

gesto primario: ¿por qué ha de meterse un personaje ajeno y desconocido, en la vida cotidiana de una comunidad distinta, invariablemente pobre y marginada, so pretexto de ser “antropólogo”? Desde luego, uno se presenta, explica amablemente lo que hace, pide permiso para estar ahí, para entrar a la casa, meterse a la cocina, pregunta por esto y aquello, duerme en casa ajena, come lo mismo que todos, y en ciertos casos, indudablemente, fastidia con su presencia. El antropólogo es un ente invasivo. Es también un Otro, que con su sola presencia, somete a sus anfitriones a asumir determinado tratamiento, no sólo del ente ajeno (cada vez que se le ofrece una silla al antropólogo, comida y bebida, respondiendo sus preguntas, concediéndole tiempo), sino también de su propio espacio invariablemente alterado. Con frecuencia el etnógrafo descubre que le han asignado una cama usualmente reservada a niños que ahora debieron ir a dormir a otro lado. No importa que uno se esfuerce en no alterar la vida cotidiana: siempre lo hace. La visita que llega a casa, no se atreve a pasar cuando ve que hay ahí un mestizo, un Otro, que la motiva a hablar con voz baja y esconder la mirada. La mochila del intruso está ahí, afirmando su presencia incluso cuando no está. Uno se pregunta, ¿por qué me soportan? Nunca está lejos la dimensión política, la histórica relación asimétrica existente entre los pueblos indígenas, y el extraño mestizo o el extranjero. Siglos de dominación y colonización, han dado la pauta para muchas de estas interacciones.

Se trata de un guion preestablecido, donde el foráneo, ataviado con ropa cara, dentadura completa, buenas botas y equipo fotográfico, proveniente de la ciudad, y más aún, tratándose de la ciudad “capital”, suele tener todas las ventajas políticas de entrada; y el indígena con el que se encuentra, ha de aceptarlo y satisfacer sus inquietudes en la medida de lo posible. Guion colonial ciertamente, que es muy difícil de romper. Sin embargo, los antropólogos (al menos algunos) nos esforzamos por rehacer ese vínculo, y ofrecer otro cariz a nuestra presencia. Segundo hecho político: muchos de mis interlocutores indígenas, otomíes en su mayoría, han entendido de alguna forma mi presencia, la aceptan e incluso la aprovechan: a ellos también les interesa que su modo de vida se conozca y se valore. En muchos municipios de la Huasteca, últimamente la figura del antropólogo ya es conocida, y son tratados como agentes o intermediarios de los poderes gubernamentales, con quienes se pueden gestionar toda clase de apoyos. Lo cierto es que, al menos entre las personas con las que he tenido la fortuna de trabajar, se valora mi trabajo etnográfico, toda vez que también a ellos les interesa que en las ciudades se sepa que hay alimentos para todos, gracias a su cotidiano esfuerzo bajo los rayos del sol, labrando el campo, cosechando, acarreado agua y leña, etcétera. Les interesa que en las ciudades se conozcan y se valoren las difíciles condiciones en que se realizan los rituales, sumamente necesarios, notablemente complejos (y costosos), para que la vida prospere, haya alimentos y lluvias. Agradecer al agua, al fuego, a las semillas, a la tierra, es un trabajo importante, que la gente de la ciudad no hace y ni siquiera conoce. En principio, el propósito de un antropólogo sería que la gente de la ciudad al menos valore

y entienda dicho trabajo ritual. Me parece que los alcances pueden ser aún mayores, cuando el antropólogo puede transmitir su propio extrañamiento consigo mismo, y abrir nuestros propios horizontes de existencia, a otras maneras de entender y vivir la vida. De cualquier forma, al final, hay una relación de interés recíproco, donde una fotografía puede servir para uno y otro fin.

Así las cosas, llegué acompañado por el amigo fotógrafo, a El Zapote, la comunidad otomí donde he realizado gran parte de mi trabajo de campo, para enterarnos de que el ritual de *costumbre* dedicado a Santa Rosa, habría sido cancelado ese día, pues la gente estaba ya muy cansada, por haber participado en otra serie de rituales previamente. Hecho usual, que no me extrañó demasiado, no así a mi acompañante. Después de tan largo viaje, no era una buena noticia. Sin embargo, el anciano chamán de más alta jerarquía en la comunidad otomí donde nos encontrábamos (don Hermenegildo, un gran amigo mío), nos invitó a asistir al *costumbre* que se realizaría en otra comunidad, Ojital Cuayo, una comunidad nahua del mismo municipio, y adonde él iba a tener cierta labor. Se trataba de otra sabia chamán, doña Cata, una mujer ya muy anciana, a la que si bien conozco desde hace muchos años, nunca traté demasiado. El fotógrafo y yo nos encaminamos a dicha comunidad para solicitar el permiso de doña Cata, para asistir al ritual y tomar algunas fotografías. Ella ya tenía la experiencia de convivir con antropólogos (también amigos míos), nos recibió bien y no se opuso. Así las cosas, todo parece marchar bien. No me detendré en los innumerables detalles del ritual, en principio, realizado bajo un estricto código nahua. Baste decir que a pesar de compartir muchísimos elementos, el *costumbre* nahua presenta ciertas diferencias con respecto al otomí. No obstante, tanto a los especialistas nahuas como a los otomíes, dichas diferencias parecen no ser muy importantes. Ya mencioné lo relativo al consumo de la hierba Santa Rosa. Hay otros elementos... mencionaré tan sólo uno: la presencia de mazorcas y elotes, ataviados con ropa miniatura, listones y aretes (cuando se trata de maíces femeninos), es común en los rituales nahuas, no así entre los otomíes, quienes les han reemplazado por recortes de papel igualmente vestidos con ropa de tela y adornos. Este pequeño y gran detalle, supuso que el altar nahua se llenaría, con una pareja de mazorcas y otra de elotes ataviados (hombre-mujer; niño-niña) en cada canasta, de manera que el pequeño recinto ritual, eventualmente se saturaría de canastas, cosa que no sucede en los rituales otomíes. Por un lado, yo me preocupaba en descifrar el código nahua que se presentaba ante mis ojos: aunque familiarizado con sus formas, había cosas que me desconcertaban, y el número de canastas que se aglomeraron en el patio, frente al recinto ritual, me asombraba. Por otro lado, incluso en el patio no había mucho lugar para el tripié del fotógrafo. De pronto llegaron los especialistas otomíes, con don Hermenegildo a la cabeza, y se inicia un lento pero gradual y progresivo avasallamiento del código otomí sobre el nahua, cosa que ya había visto en otros rituales interétnicos. Doña Cata, la máxima especialista nahua, recargada en su bastón, le indica a don Hermenegildo sus planes y le enseña los recortes de papel que hizo. El especialista ritual otomí le responde, señalándole que faltan unas cuantas imágenes de papel, que terminan por ser más de un ciento. Ambos ancianos dialogan en español. Y como en otras ocasiones, la especialista nahua le concede al especialista otomí mayor conocimiento, poniendo a su gente a trabajar de acuerdo con los criterios del chamán otomí. El antropólogo y el fotógrafo fuereños registran el asunto.

Mientras los especialistas otomíes recortan papel, la concurrencia nahua baña, viste y atavía sus maíces, en cada canasta. Se cruzan las miradas en torno al Otro: los otomíes que consumen Santa Rosa, recortando papeles, retirados en un extremo del patio; los nahuas enfocados en sus canastas. El fotógrafo tratando de acomodar su cámara, estorba en cualquier sitio donde se acomode: los ritualistas no saben de buenos ángulos. El antropólogo ha sido enviado a conseguir papel para los recortes. Lenta operación en uno y otro casos. En medio del calor, el fotógrafo se desespera, y le invade un sueño sordo. Empiezan a fluir tamales para atajar el hambre, pero el fotógrafo no quiere comerlos: dice no tener hambre, la verdad es que teme a los microbios y enfermarse. Donde yo veo creación de cuerpos rituales, en canastas y recortes, él está viendo suciedad y miseria. Y entonces, antes de que las canastas invadan el recinto ritual donde se encuentra el altar, antes de que se coloque propiamente la *ofrenda*, ya en la noche, es que me llega la insólita solicitud de un fotógrafo preocupado en obtener una buena imagen: "la jerarquía", una "foto de la jerarquía". En verdad, se trataba de una idea muy sencilla: que los principales especialistas, nahuas y otomíes, se coloquen lado a lado junto al altar, para sacarles una fotografía. Parecía algo simple, pero de inmediato intuí que sería algo difícil de lograr: aún no estaba la *ofrenda* lista, las canastas no estaban aún en el altar, y no era muy buena idea fotografiar algo incompleto. Claro está, para los ojos de un observador fuereño, el



El quehacer otomí en papel recortado



La foto del desastre

altar estaba lleno de alimentos, flores y adornos ("vistoso" para la foto), pero a los ojos de nahuas y otomíes, ese altar estaba incompleto: faltaba lo principal, la *ofrenda* (y las canastas). Para ese momento, alrededor de quince personas bailaban adentro del recinto, frente al altar, saludándolo, anticipando la *ofrenda*. Además, solicitar la presencia de los especialistas rituales, resultaría en un desequilibrio muy desafortunado, pues mientras que con don Hermenegildo había otros cuatro chamanes otomíes, entre los nahuas la única especialista era doña Cata. Me pareció que una foto así "otomizaría" demasiado el ritual nahua.

Sin embargo, le ofrecí a mi interlocutor fotógrafo, hacerle la propuesta a los dirigentes rituales, a ver qué les parecía la idea, y que ellos decidieran quién saldría en la foto (no la "jerarquía" tal como me lo pedía). Así lo hice: le pregunté a don Hermenegildo si aquella foto era posible, a lo que me respondió que sí. Él fue y se lo pidió a doña Cata. Y lo que le pidió fue otra solicitud también insólita (para los nahuas): en la foto debían estar los "niños-semilla". Doña Cata entendió de qué se trataba.

"¿Niños?", "¿y de dónde vamos a sacar esos niños?" preguntó desconsolada su hija, la principal asistente de doña Cata. No era la primera ocurrencia otomí que esta pobre mujer nahua recibía con cierto fastidio. Pero como los otomíes son los que más saben, el cansancio y los problemas logísticos deben hacerse a un lado. Doña Cata le ordenó a su hija ir por una pareja de niños y una pareja de niñas. Entre las adolescentes que miraban en el patio mientras se sacaban *selfies* y *mensajeaban* en sus teléfonos, se consiguió a dos, a las que se pidió cambiar sus celulares por unas sonajas rituales. Un niño se agregó al conjunto (que terminó entregando sus sonajas a un anciano). Se les puso una coronita de flores y se les pidió que bailaran frente al altar, como hacía el resto. Otro cruce de miradas de una alteridad que se piensa joven y se mira cada vez más distante de las costumbres de sus abuelos.

El fotógrafo instaló su tripié, estratégicamente, al fondo del recinto, mirando de frente al altar. La concurrencia bailaba frente a éste, dándole la espalda a la cámara. Las niñas-semilla bailaban frente al altar, agitando sus sonajas sin muchas ganas, mientras don Hermenegildo y doña Cata se acercaron a éste. Don Hermenegildo, poniendo el brazo en el hombro de doña Cata, me indicó con una seña que ése era el momento, y miró hacia la cámara. Las niñas-semilla bailaban frente a ellos, cara a cara, tapándolos y dando la espalda al fotógrafo. Éste le indica al antropólogo que se quite la gente que está bailando enfrente, para que en su lente sólo se vean el altar y los especialistas. El antropólogo le señala que eso es imposible... mientras don Hermenegildo le indica a las niñas-semilla darse la vuelta y bailar frente a la cámara; las niñas lo hacen, y con ellas, toda la concurrencia que sin saber muy bien por qué, terminan dándole la espalda al altar. Para entonces, ante la imposibilidad de la imagen imaginada, el fotógrafo sale enojado con su cámara, mascullando: "si no se puede, no se puede". De emergencia, el antropólogo toma la foto con su propio celular, mirando de frente a la concurrencia desconcertada, que sigue bailando dando la espalda al altar, asumiendo que se trataba de alguna otra inexplicable *costumbre* otomí. Claro, después de un rato, retomando el control, el grupo de danzantes volvió a darse la vuelta y miró al altar, como siempre se había hecho.

Al final, todos habían quedado desconcertados y frustrados: los danzantes nahuas, los chamanes otomíes, las niñas-semilla y el fotógrafo. Desde luego, también el antropólogo, causa primera de este desastre, ¿o no?. ¿Sirvió de algo?, ¿tuvo algún sentido la aparatosa invasión del antropólogo y su fotógrafo invitado? Diría que no. Pero en algún punto, me parece que mucho se aprende de un evento como éste. El Otro nos desafía, y nos enseña algo sobre nosotros mismos: que somos responsables de ajustar nuestro propio lente, para ver con otros ojos, si lo queremos. Que eso no se aprende en automático, que es preciso *desaprender* lo que somos para poder apreciar los otros ángulos del mundo que vivimos. Que nuestros más sencillos e inocentes anhelos, pueden significar el sacrificio, el desconcierto, el trabajo de muchos otros, lo cual mínimamente debiéramos hacer visible. Que en este teatro, no somos ni pasivo público ni el principal protagonista. Tampoco somos el maquiavélico guionista de la obra. Las relaciones de poder se ejercen en todas direcciones, y todos, a su manera, desempeñamos un papel en función de determinados intereses. Al antropólogo le convenía acompañar su trabajo etnográfico con fotos de gran calidad. Al fotógrafo le convenía aumentar su acervo fotográfico en contextos exóticos. Al chamán otomí le convenía el prestigio agregado que le daba la presencia de dos mestizos fuereños. A la chamán nahua le convenía el aval y destrezas de un especialista otomí. A la comunidad indígena le convenía hacer el *costumbre*, y que se supiera de él más allá de sus fronteras. Después de todo, todos lograron algo de lo que buscaban, a pesar de las miradas entrecruzadas y los inevitables desencuentros.

Manuel Buendía. A 30 años del asesinato del periodista

Carlos Raúl Granados Robles

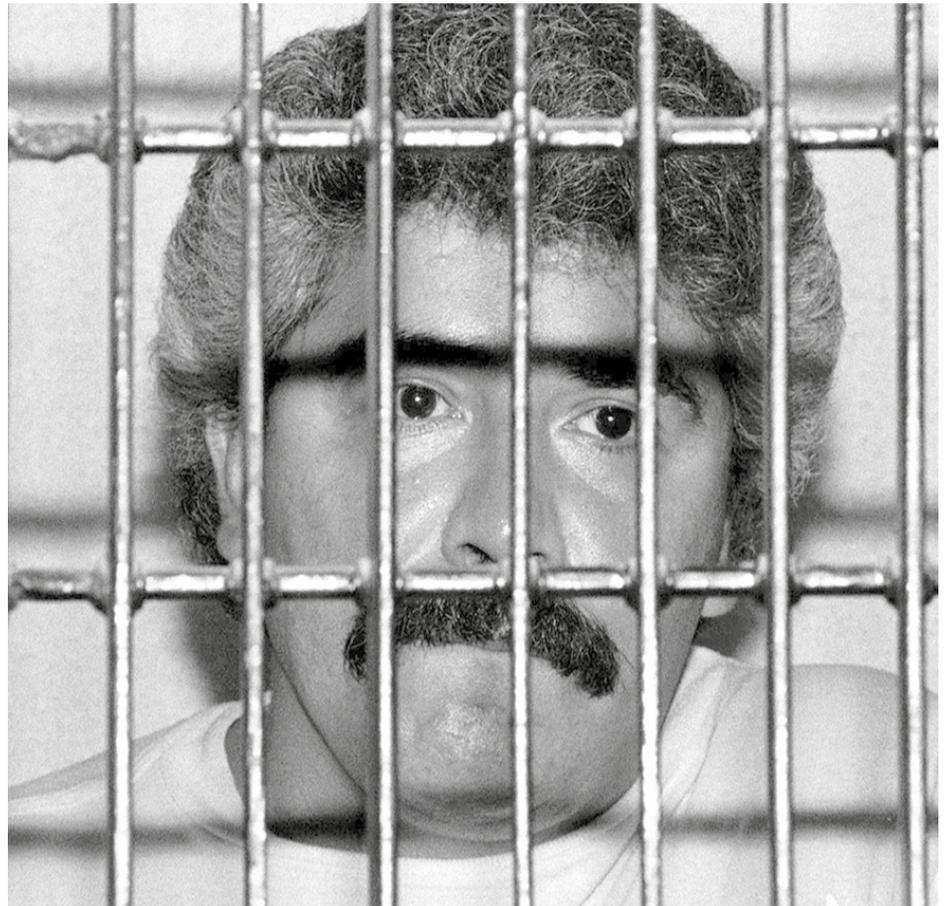
El pasado 28 de mayo se cumplieron 30 años del asesinato de uno de los periodistas más sobresalientes de la segunda mitad del siglo XX, ultimado presuntamente por un pistolero bajo las órdenes del titular de la Dirección Federal de Seguridad, durante la presidencia de Miguel de la Madrid y en complicidad con presuntos mandos de la CIA que sabían que el periodista estaba próximo a publicar información que comprometía a este organismo y al gobierno mexicano con capos de la mafia como Miguel Ángel Félix Gallardo, Ernesto Fonseca Carrillo, Rafael Juan Caro Quintero y Juan Mata Ballesteros, del cartel de Medellín, Colombia. Su asesinato y la forma en la que se dio, representó uno de los momentos más traumáticos para el periodismo nacional y el triste inicio de una nueva época de censura y crímenes, que inspiró al periodista Granados Chapa a catalogar el suceso como el "primer asesinato de la narcopolítica en México" en un libro dedicado a Buendía y sacado a la luz recientemente en 2012, en el que narra la forma en la que se montó un teatro por parte de algunos altos funcionarios del gobierno mexicano para disimular la responsabilidad de éste con el atentado y una serie de irregularidades que se dieron en el proceso de investigación sobre los culpables del asesinato y que llevaron al encarcelamiento de José Antonio Zorrilla, responsable de la Dirección Federal de Seguridad, y a los comandantes Juventino Prado Hurtado y Raúl Pérez Carmona, Juan Rafael Moro Ávila Camacho y Sofía Marysa Naya Suárez..

En la columna *Estrictamente Personal* que se publicó el 30 de mayo de 2007, intitulada "Crimen de Estado" se daba cuenta de un informe secreto elaborado por un equipo de investigación paralelo a los investigadores oficiales, bajo la responsabilidad de Samuel del Villar, quien era asesor del presidente Miguel de la Madrid, que hablaba de que el verdadero verdugo del columnista había sido un militar, cuya orden de acabar con él, se dio tras una reunión presidida por el entonces Secretario de la Defensa, general Juan Arévalo Gardoqui, donde estuvieron presentes funcionarios de la Secretaría de Gobernación y un proveedor de armas de la Defensa. Ángel Buendía, quien es autor de dos libros referentes a la vida y asesinato de su hermano, refirió en una reciente conferencia en 2010, que su asesinato sucedió cuando estaba a punto de publicar en su columna *Red Privada*, los nexos de la CIA y la Dirección de Seguridad Pública con los capos del narcotráfico más importantes de la época.

Manuel Buendía nació el 26 de mayo de 1926, "cursó la enseñanza elemental en una escuela de monjas carmelitas, cuyas clases se impartían en casas particulares", y en la cual posteriormente se convirtió en profesor; fue un alumno destacado, "por influencia materna... fue encaminado a la carrera sacerdotal", por lo que en 1938 ingresó al seminario menor de Morelia, cuando "habían amainado las tensiones de la segunda guerra cristera". En 1941 abandona el seminario poco después de la muerte de su madre; a los diecisiete años ingresó al Instituto Bachilleratos, antecedente del Patria, una de las más prestigiadas escuelas jesuitas, y la "crema innata de la clase media católica". Al terminar se inscribió a la Escuela Libre de Derecho y poco después ingresó a las filas del PAN, en parte gracias a sus contactos con sacerdotes y clérigos, pero de las que poco tiempo después abandonó a pesar de ser considerado como una de las promesas más jóvenes del partido.

Eran los años de la presidencia de Adolfo Ruiz Cortines (1952 - 1958), a más de una década del fortalecimiento de la figura presidencial y posiblemente de la consolidación de la hegemonía del presidencialismo que llevó a Cosío Villegas a definir el sistema político de México como una "monarquía absoluta sexenal, hereditaria por la vía colateral" y que posiblemente inspiró a Enrique Krause a titular al tercer tomo de su trilogía, *La Presidencia Imperial*; En 1953 obtuvo uno de sus primeros trabajos como reportero cubriendo la fuente policiaca de la Secretaría de Gobernación y de la de Relaciones Exteriores, y como reportero de guardia en *La Prensa*; durante ese año, fungió como profesor en la Escuela de Periodismo Septien García. En 1958 en el primer año de la presidencia de Adolfo López Mateos, inicia una de sus más importantes columnas: *Red Privada*, bajo el seudónimo de Héctor Juvenal; en 1960 fue nombrado director de *La Prensa*, pero tiempo después renunció por razones internas al periódico. En 1964 dirige el semanario *Crucero*.

De 1952 a 1970, Buendía pudo presenciar en México la etapa económica del "desarrollo estabilizador", que abarcó los sexenios de tres presidentes, Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz; para Lorenzo Meyer en su obra *De la estabilidad al*



cambio, esta etapa es la continuación de una política proteccionista y de gran intervención del Estado en la promoción del desarrollo industrial, mientras que para el economista René Villarreal en su libro *Industrialización, competitividad y desequilibrio externo en México. Un enfoque macroindustrial y financiero (1929 - 2010)*, el logro más importante de este modelo fue "haber alcanzado un equilibrio interno completo (crecimiento con estabilidad de precios) a costa de un continuo y permanente desequilibrio externo".

En 1973 durante la presidencia de Luis Echeverría, Manuel Buendía fue nombrado director de prensa y relaciones públicas del CONACYT, al tiempo que comienza a impartir la materia de Estilo periodístico y Oficinas de Prensa en la UNAM. En 1977 obtiene el Premio Nacional de Periodismo, y ese mismo año reinicia la columna *Red Privada*, pero al ser censurado en algunos periódicos comienza una peregrinación hasta que poco después en 1978 recibe el apoyo de la Agencia Mexicana de Informadores, y nuevamente comienza a ser publicado, incluso en más de treinta periódicos del país, por lo que se dedicó a publicar sus artículos durante el resto de años que le quedaron de vida hasta que finalmente murió asesinado seis años después, en 1984.

Manuel Buendía fue uno de los columnistas más influyentes y sobresalientes de la segunda mitad del siglo XX; escribió críticamente acerca de las actividades de la ultraderecha, del narcotráfico, y particularmente de la *Central Intelligence Agency* (también conocida como CIA) y sus actividades en México, organismo sobre el cual a dos años de su muerte la Fundación Manuel Buendía editó su último libro en vida, *La CIA en México*, pero al que después de su muerte se han sumado otros trabajos recopilatorios como *La Ultraderecha en México; Santa Madre; Ejercicio periodístico; El oficio de informar; En defensa de la palabra; El Fútbol y la TV. Apuestas, derrotas y vicios deportivos; Los empresarios; El Humor; o Instantáneas del Poder* por mencionar solamente algunos.

En el libro de *La CIA en México*, Buendía cubre una parte importante de la historia del organismo y el desarrollo de su principal oficina en el país fundada hacia 1947, la *Robert Mullen and Company*, posteriormente denominada hacia 1967 como *Robert C. Murden and Company*, nombres de la empresa que varios años sirvió como cobertura a las actividades del organismo estadounidense. Hacia 1976 por ejemplo, reportó que el total de espías de los Estados Unidos, incluyendo los de la CIA, era de 153 mil 259 individuos y el gasto destinado a ellos ascendía a 6, 223 millones de dólares. *La CIA en México* dijo Ángel Buendía, es el libro con el que su hermano "cimbró las estructuras de la organización toda vez que reveló nombres de infinidad de agentes tanto americanos como nacionales".

Para el autor no era "un libro" sobre la CIA "propriadamente" sino una "colección de fotos que pudo tomar a la CIA en México durante diez años. "Nada fácil, créanmelo, pero si muy estimulante. Cuando no se tiene una buena cámara y prácticamente se carece de experiencia y ayuda, la tarea no es sencilla; además, el blanco es móvil esquivo, confuso, Quizá por eso en este país pocos periodistas se interesan en él... Tomando el riesgo uno ya no debe preocuparse si una o varias de las instantáneas resultan notablemente imperfectas. A base de insistir se va logrando una mínima destreza, y al cabo de los años uno va atrapando más que sombras... Investigar y poner al descubierto hombres y acciones de la CIA en México, es una de las tareas más importantes de mi vida de periodista, es una lucha personal en la que ciertamente me siento acompañado, asistido y comprometido por muchos otros mexicanos" comentó en la introducción del libro.

Al revisar la obra de Buendía se puede notar su crítica, su estilo simple y su erudición, citando a otros autores como Víctor Marchetti y John Marks, autores del libro *La CIA y el culto al espionaje*, a Sherman Kent, profesor de la Universidad de Yale, quien realizó un

trabajo titulado *Inteligencia estratégica para la política mundial norteamericana*, escrito en 1948 y que posiblemente anunció parte de las acciones que la CIA realizaría, o a Philip B. Agee a través de la lectura de sus artículos periodísticos en el *Washington Post*, ejercicio informativo que practicaba diariamente leyendo diarios y revistas de otros países.

En otro de sus libros *post mortem* de artículos recopilatorios titulado *Los petroleros*, brinda datos sobre la manipulación de la información de PEMEX mediante un contrato realizado con la compañía *Computer Science Corporation*, creada en 1959 e identificada



como la principal red computacional informativa de los organismos de espionaje estadounidense, desarrollado increíblemente hacia los años sesenta y subordinado a los mandos de la CIA. Para Manuel Buendía este organismo ha representado "una perfecta síntesis o muestra de la alianza entre los intereses políticos y militares del gobierno norteamericano y los de la delincuencia organizada o libre dentro de ese mismo país y otros" y que ha fomentado golpes de estado en diversos países del mundo; le adjudica "la misteriosa desaparición" del escritor Jesús Galindez en 1956, el asesinato del escritor español José Almoina Mateos en 1960, el atentado dinamitero contra el periódico *El Día* en 1965 y los bombazos a la embajada y negocios cubanos en 1974; Para él, aunque algunos espías de la CIA no se entrometieron ni participaron "en actos terroristas o de otra índole, no podemos omitir que la información por ellos enviada a Washington" fue procesada y utilizada para la toma de decisiones que han afectado a nuestro país "desfavorablemente".

Buendía dejó un legado educativo y periodístico: fue defensor del país, de su independencia y soberanía, denunció a los personeros del imperialismo y del fascismo en México, así como a los que se enriquecían ilícitamente y aprovechaban la corrupción y sus privilegios para lograr mejores posiciones. Entre otras cosas, aportó datos que sirvieron a las autoridades para iniciar exhaustivas investigaciones en torno a la comisión de delitos en la industria petrolera, un ejemplo de los cuales, al tiempo de su muerte, tuvo como epílogo el desafuero constitucional y encarcelamiento del senador por Sonora, Jorge Díaz Serrano.

Su asesinato representa uno de los episodios históricos más relevantes en torno a la lucha del periodismo contra el poder absoluto de la narco política en comunión con las elites del espionaje estadounidense. Desafortunadamente, al igual que muchos casos de injusticia y asesinatos contra periodistas, su caso no se ha esclarecido totalmente y sigue abierto a la revisión de la opinión pública. Recientemente en 2013, Zorrilla, el supuesto autor intelectual del crimen, salió libre.

Para saber más:

Manuel Buendía, *La CIA en México*, México D.F., Ediciones Océano S.A., 1985.

Miguel Ángel Granados Chapa, Buendía: *El primer asesinato de la Narcopolítica en México*, México D.F., Editorial Grijalvo, 2012.

Lorenzo Meyer, *"De la estabilidad al cambio" en Historio General de México*, El Colegio de México, 2000.

SEP
SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA



CONACULTA
XOCHICALCO INAH

Zona Arqueológica de Chalcatzingo

14 y 15 de noviembre de 2014

Noche de observación astronómica Entrada gratuita

Informes:
01 (777) 3 12 59 55 / 3 12 31 08 ext. 258027
difusion.mor@inah.gov.mx

14 de noviembre
10:00 - 14:00 hrs. : Talleres educativos
para alumnos de primaria y secundaria

16:00 - 18:00 hrs. : Visitas guiadas por la
zona arqueológica

15 de noviembre
18:00-18:30 hrs. : Ingreso a la Plaza Principal
de la Zona Arqueológica de Chalcatzingo

18:30-19:30 hrs. : Ponencia
Conceptos astronómicos Mesoamericanos
Astr. Daniel Flóres Gutiérrez del Instituto
de Astronomía de la UNAM

19:30-20:00 hrs. : Observación simulada
con mapa celeste digital

20:00-22:30 hrs. : Observación con telescopios
desde la Plaza Principal con el apoyo del
Ing. Rogelio Ajuria y grupo de Astronomía

22:30-23:00 hrs. : Desalojo de la Zona
Arqueológica de Chalcatzingo

Xi mehua yohualli

La noche despierta



el tlacuache

CONACULTA • INAH

Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gov.mx

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza
Giselle Canto Aguilar

Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: **Israel Lazcarro Salgado**
Diseño y formación: **Joanna Morayta Konieczna**

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores